***Mi amigo Alfa.***

 Era una mañana especial, Daniel apenas había podido dormir durante la noche. Su mamá le despertó con un beso. De un salto bajó de la cama, se colocó la ropa, fue hasta el baño y en un momento se lavó la cara con tantas ganas que parecía querer arrancarse todas sus diminutas pecas.

 Su papá había estado varios meses en un país lejano y hoy volverá a casa. Mientras su mamá desayunaba, Daniel se acercó hasta la ventana de su dormitorio para contemplar el radiante sol que lucía esta mañana, a la espera de tomar el autobús urbano que les llevaría al aeropuerto de la ciudad. Una vez allí, conforme iban pasando los minutos su inquietud aumentaba, un pequeño cosquilleo recorría el interior de Daniel. Cogió de la mano a su madre, esperaba con inquietud que el avión en el que regresaba su papá llegase de un vez por todas. Los últimos minutos de espera se le hacían insoportables, no terminaba de acostumbrarse a pasar tanto tiempo separado de su padre.

 La larga espera de Daniel tendría una recompensa mayúscula. Por un lado, volvería a reencontrarse con su padre y por otro conocería al pequeño Alfa, que según le había contado su papá en una carta, era un niño de su misma edad. Tenía nueve años y pasaría un tiempo con ellos, hasta que se curase de una enfermedad que en su país podría llevarle a la muerte.

 Daniel estaba muy orgulloso de su papá, para él era el mejor padre del mundo. En su colegio, le contaba a sus amigos que su papá era médico, que siempre estaba ayudando a la gente y que viajaba a países pobres con un avión cargado de medicinas para curar a los niños que estaban enfermos.

 El avión por fin llegó al aeropuerto, al ver a su padre, los ajos azules de Daniel brillaban con toda su intensidad. Se soltó de la mano de su mamá, corrió hacia él y de un salto cayó en sus brazos. Acariciándolo y besándolo una y otra vez le decía: "papá, papá por fin has vuelto, te quiero, te quiero mucho papá". Daniel estaba muy feliz, después de tres meses volvían a estar todos juntos, su papá, su mamá y él.

 De regreso a casa, el pequeño Daniel se iba desilusionando cada vez más, al comprobar que Alfa no entendía ninguna de sus palabras y que prácticamente le era imposible comunicarse con él. Alfa veía muy raro a Daniel, tan blanquito, con el pelo tan claro y con esas pintitas en la cara, que en un principio pensó que no serían buenos amigos, ya que para colmo, además de ser tan diferentes, hablaban idiomas distintos.

 Alfa era delgado y un poquito más alto que Daniel, su piel era muy oscura, tenía un abundante pelo rizado y unos enormes ojos negros que miraban hacia todas partes descubriendo un mundo nuevo para él. Nunca pensó que la ciudad donde tenía que curarse de su enfermedad fuese tan grande, con tantos coches, tantos edificios y tanta gente de un lado para otro.

 Pasaron los días y Alfa lentamente se fue recuperando de su enfermedad, al mismo tiempo que se iba convirtiendo en el amigo inseparable de Daniel. Juntos iban cada mañana al colegio, por las tardes solían ir a pasear en compañía de los padres de Daniel y algunos domingos pasaban el día en la montaña. Los dos amigos dormían en la misma habitación. Alfa, poco a poco fue aprendiendo el idioma de su amigo hasta llegar a entenderse perfectamente con él. Cada noche, antes de dormirse, a Daniel le encantaba escuchar como su amigo Alfa le hablaba de su país, de su hermano, de su poblado y de lo difícil y diferente que era la vida en la Nación Seca.

 Alfa, jamás había imaginado que existiese un mundo donde los niños con solo tocar un grifo pudiesen conseguir agua para beber, donde había tanta comida, donde se pudiese ir todos los días al colegio, donde se podía disfrutar de tantos y tantos juguetes.

 Con el paso de los días, Daniel deseaba parar el tiempo para que Alfa no tuviese que marcharse nunca.

 Finalmente y sin poder hacer nada para evitarla, llegó la última noche que iban a estar juntos. A la mañana siguiente, Alfa viajaría en un avión junto a un médico amigo del papa de Daniel de regreso a la Nación Seca.

 Los dos amigos, en la habitación de Daniel, tumbados sobre sus camas no podían dormir, pensando que aquella noche era la última que iban a pasar juntos y que seguramente ya no volverían a verse nunca más.

 Daniel, que había estado muy nervioso durante el día, quería agradecerle a Alfa todo lo que le había enseñado sobre la Nación Seca, pero no sabía cómo hacerlo. Después de mucho pensarlo, se sentó en la cama y mirando con la cara entristecida le dijo:

 -Alfa, me alegro mucho de haberte conocido, eres mi mejor amigo. Pídeme lo que quieras y te lo regalaré para que lo lleves a tu país, pídeme lo que desees, cualquier juguete, cualquier cosa, lo que tú quieras.

 - Gracias Daniel, lo mejor de vosotros ya está en mi. Gracias a la bondad de tu padre y de toda tu familia ya estoy sano, ese es el mejor regalo que me habéis hecho, devolverme la salud.

 Daniel, inquieto por la respuesta de su amigo, volvió a insistirle:

 - Pero Alfa, yo quiero regalarte algo para que te lo lleves contigo, pídeme lo que más desees y yo te lo regalaré para que te lo lleves a tu país, así nunca te olvidarás de mi y del tiempo que estuvimos juntos.

 - Alfa al ver la insistencia de su amigo sonrió levemente, a la vez que movía la cabeza de un lado a otro indicándole que no, que no le podía regalar lo que el más deseaba, que eso no era posible.

 - Daniel, lo que más deseo de cuanto he visto en tu país, lo que me gustaría llevar a mi poblado para mi familia, para mi gente, es algo que paro vosotros no tiene importancia, pero para aquellos que sufrimos escasez si la tiene.

Daniel cada vez más extrañado, no entendía nada y volvió a preguntarle a su amigo

 - No te entiendo Alfa ¿qué es eso que nosotros apenas valoramos y vosotros necesitáis tanto?

Alfa, volvió a sonreír levemente mientras Daniel esperaba impaciente su respuesta, con una de sus manos acarició la cabeza de su amigo y le dijo:

 - El agua Daniel, si pudiera me llevaría todo el agua que os sobra, toda esa que no necesitáis. Pero es imposible, no puedo hacerlo por mucho que quiera.

 - ¿Para qué quieres tanta agua? Preguntó Daniel cada vez más ansioso.

 - Para regar los campos de mi poblado, Daniel. En la Nación Seca pasan meses y meses sin llover. Con ese agua podríamos regar nuestros huertos, tendríamos alimentos, el ganado no moriría de sed, nosotros no enfermaríamos por beber agua contaminada y mi mamá no tendría que caminar horas y horas todos los días para conseguir agua para mi familia.

Daniel, al escuchar las palabras de Alfa cada vez se sentía más triste y desolado, por su mente pasaban los recuerdos de todas esas veces que dejó el grifo abierto mientras se lavaba los dientes, de todas esas veces que utilizó el retrete como papelera, de todas aquellas que llenó la bañera a rebosar para bañarse mientras Alfa y sus hermanos enfermaban por que el único agua que tenían para beber estaba contaminada.

Alfa, al comprobar que Daniel estaba triste, pronto intentó consolarle.

 - No te preocupes Daniel, tú no tienes la culpa de nada. En la Nación Seca necesitamos agua, apenas si hay árboles, tenemos lo justo para vivir y cuidamos con cariño todo lo que nos rodea. Nuestra vida depende de las plantas que cultivamos, del ganado que alimentamos y de los animales que cazamos.

Vosotros sois afortunados por haber nacido en este lugar, tenéis de todo, no os falta de nada y por ello no apreciáis el valor que tiene todo lo que os rodea, Tenéis el agua que jamás seríais capaces de beber y con frecuencia la malgastáis mientras nosotros pasamos sed. Tenéis unos hermosos bosques donde disfrutar de la naturaleza y con frecuencia los llenáis de basura, mientras nuestros árboles apenas si pueden protegernos de los rayos del sol. Podría continuar, pero no quiero que te sientas más triste de lo que estás.

 Daniel, el mejor regalo que me puedes hacer es aprender a amar y respectar el medio ambiente en el que vives y compartir ese amor y respeto con todos tus amigos. Solo así Daniel, algún día no muy lejano todos os sentiréis orgullosos de haber disfrutado de ese regalo tan maravilloso llamado naturaleza.

 Después de estas últimas palabras de Alfa, los dos amigos se tumbaron en sus camas para descansar, apagaron la luz e intentaron dormirse, sin que pudieran conseguirlo. Mientras Alfa pensaba en el esperado reencuentro con su familia. Daniel recordaba las últimas palabras que su amigo le había dicho. Jamás se le había ocurrido como el agua puede ser tan importante para la vida y como se puede sufrir, enfermar e incluso morir cuando no se tiene agua o la que se tiene está contaminada.

 Al fin, los dos amigos se durmieron con la esperanza de volverse a ver algún día y con la tranquilidad de saber, que al día siguiente, por mucho que la distancia los separara, el recuerdo los mantendría unidos.

 Por la mañana, la mamá de Daniel le despertó con un beso, a la vez que le decía: "Daniel levántate, hoy es el gran día, hoy regresa papá, corre pequeño tenemos que ir a esperarle al aeropuerto". Daniel se levantó, miro a un lado y a otro, comprobó que estaba solo y se fue vistiendo pensando en el sueño que había tenido durante la noche.